

PUEBLOS DEL CHAÑAR Y EL ALGARROBO

Los atacamas en el siglo XVII

José Luis Martínez C.

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



FACULTAD
DE FILOSOFÍA
Y HUMANIDADES



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

ÍNDICE

<i>Echar a andar</i>	11
CAPÍTULO I	
Un problema para reflexionar	15
Don Calixto Llampá	15
El inicio de la búsqueda	21
La subárea Circumpuneña	24
El patrón de asentamiento	31
Los modelos de la complementariedad	35
Las fuentes	39
CAPÍTULO II	
Territorio y población	45
La puna salada y las tierras áridas: “aquella tierra inhabitable...”	45
- <i>La región atacameña</i>	50
- <i>Las redes hidrográficas de Atacama</i>	51
- <i>Eco zonas vegetacionales</i>	52
Poblaciones interdigitadas	59
Los grupos costeros	62
Los atacamas	68
Otros grupos étnicos	74
- <i>Lipes</i>	75
- <i>Tarapacás (picas y guatacondos)</i>	81
CAPÍTULO III	
Algarrobos y chañares: manejos culturales de los recursos	87
El patrón de asentamiento	89
- <i>Atacama la Baja</i>	89
- <i>Atacama la Alta</i>	96
Chañares, algarrobales y otros recursos culturales	105
- <i>Chañares y algarrobales</i>	108
El acceso a recursos diversificados situados a corta distancia del “núcleo”	114
CAPÍTULO IV	
Hacia un patrón de asentamiento: los atacamas en territorios distantes	121

Los asentamientos lejanos	121
– <i>Los atacamas en el corregimiento de Tarapacá</i>	123
– <i>Los atacamas en el corregimiento de Lípez</i>	128
– <i>Los atacamas en la Gobernación de Tucumán</i>	130
– <i>Los atacamas en el corregimiento de Chichas</i>	137
El acceso a recursos situados a larga distancia	145
– <i>Las ausencias “por mucho tiempo”</i>	145
– <i>Los caravaneros</i>	149
– <i>Un acceso diferenciado a los recursos</i>	153
– <i>La inserción en la economía mercantil</i>	155
CAPÍTULO V	
Estrategias	161
Un modelo a comprobar	163
<i>Un punto de partida: el patrón de asentamiento</i>	163
Un segundo paso: el sistema de asentamientos	169
<i>a) Estrategias simultáneas de complementariedad</i>	170
<i>b) Las estructuras sociales: parentesco, autoridades políticas y diferenciación</i>	176
b.1) el parentesco	176
b.2) las estructuras políticas	180
b.3) de las diferencias y de las identidades conservadas	183
<i>c) Las poblaciones interdigitadas</i>	187
c.1) ¿una complementariedad recíproca?	187
c.2) Territorialidades e interdigitaciones	192
c.3) poblaciones interdigitadas o una interetnicidad regional	195
PROBLEMAS PARA PENSAR	197
Pueblos del algarrobo y el chañar	197
Sobre el “aparato de complementariedad”	198
Identidades y diferencias para la complementariedad	202
<i>Bibliografía</i>	203

ECHAR A ANDAR

Empecé a “escribir” este libro hace varios años, dibujándolo, al menos como idea o proyecto. Inicialmente, mi primer impulso para hacerlo fue intentar reunir en una unidad más armónica y global, un conjunto de trabajos, notas y reflexiones, que cubrían un período de mis investigaciones (aproximadamente entre 1984 y 1990), y que giraban en torno al mismo eje común: las poblaciones indígenas que habitaron entre los siglos XVI y XVII el territorio que colonialmente fue conocido como Corregimiento de Atacama, y que se extendía desde la costa desértica del Pacífico, hasta las tierras altas de la puna atacameña. Hoy, ese espacio está dividido entre la II Región de Chile, el sur del departamento de Potosí, en Bolivia, y la provincia de Tucumán, en Argentina.

Algunos de esos trabajos aparecieron en diversas publicaciones y otros habían permanecido inéditos, esperando una mayor reflexión o el hallazgo de nuevos datos que confirmaran hipótesis aún débiles o peregrinas. Otros materiales habían ido quedando como base para futuras elaboraciones, o habían sido dejados de lado por su extensión o porque, a su vez, dieron origen a otras reflexiones y publicaciones, etc. Los trabajos editados, en fin, habían aparecido en publicaciones tan diversas y de disímil circulación que –a veces– hasta a mí se me hacía difícil acceder a algunos de ellos.

Aunque todo esto me parecía un motivo fuerte y razonable para intentar “armar” un libro, por diferentes motivos fui postergando y dilatando su realización. Desde 1990, aproximadamente, mis intereses de investigación habían empezado a cambiar. Siempre sobre la misma región y los mismos grupos humanos, los temas metodológicos y disciplinarios me parecían (y aún me parecen) fundamentales, requiriendo de toda mi atención, como una etapa previa a cualquier nuevo avance de investigación. Habían surgido nuevos y, para mí, muy apasionantes problemas, que me llevaron a distanciarme de mis trabajos anteriores y –por lo tanto– de esos materiales, notas y reflexiones aún pendientes.

En 1995, sin embargo, trabajando el problema de las discursividades hispanas y andinas sobre los grupos indígenas del Corregimiento de Atacama y de la puna salada, me di cuenta, por una parte, de mi propia necesidad intelectual de “cerrar” algunos temas pendientes con respecto a la investigación de los años anteriores y, por otra, de que una parte importante de mi actual aproximación a esos mismos pueblos de la puna salada y las tierras áridas era deudora de esas investigaciones iniciales.

En parte, ello se debe a que lo que realmente ha surgido de todos estos años de búsquedas y reflexiones es –también– un fragmento de esa misma discursividad que en la actualidad estoy intentando identificar y decodificar. Entiendo que las “discursividades” podrían ser entendidas como aquellas formas concretas a través de las cuales un grupo humano, social o culturalmente identificado, se refiere ya sea a sí mismo o a sus instituciones; o sobre otros grupos, otras geografías u otros mundos. Discursividades que –en este caso específico– tienen que ver con las categorías y términos empleados para describir (pero también para percibir y autorrepresentar) a las poblaciones indígenas.

Me parecía –por otra parte– que a la “discursividad” española se le agregaban, al menos, las discursividades de otras sociedades indígenas, que parecieran igualmente haber estructurado su propia percepción sobre estos territorios. Estoy pensando, por ejemplo, en los aymaras (que generaron un apasionante sistema de clasificaciones toponímicas y étnicas sobre esta región), así como en los discursos locales (cuyas aparentes manifestaciones se perciben en las declaraciones de uno u otro dirigente étnico o, en algunos escasos, en pleitos).

Los párrafos anteriores tienen, para mí, un profundo sentido. Tienen consecuencias metodológicas que aún intento percibir y precisar, puesto que los relatos, los documentos, los nombres, en fin, todo aquello que quedó escrito ya fuese en castellano, quechua, aymara u otra lengua, debería ser releído a la luz de esas discursividades, de esas formas culturales específicas que organizaban socialmente la palabra. En el caso de las poblaciones de la subárea Circumpuneña (y ya explicaré más adelante qué entiendo por ella), tengo la intuición de que la aparente contradicción entre la homogeneidad de sus estrategias colectivas de supervivencia, por una parte, y la diversidad y fragmentaciones étnicas, por la otra, se deben en un grado importante, necesariamente, a la presencia simultánea de varias discursividades y, con ellos, de distintas maneras culturales de entender, categorizar y describir a esas poblaciones.

La sola proposición de la cual es posible, ahora, intentar generar una visión de conjunto que abarque a varios de los grupos humanos en esos territorios, es resultado de la investigación anterior. A pesar de las diferencias “étnicas” iniciales y de una nomenclatura que refería a atacamas, lipes, urus, tarapacás, chichas, humahuacas, casabindos, guatacondos, picas, etc., las discursividades permitían igualmente la percepción de que no se trataba de grupos aislados sino estrechamente relacionados y de que, por ello, había también un relato de homogeneidades, de prácticas compartidas, de entrelazamientos, etc. Más aún, desde que escribí *Acerca de las etnicidades en la puna salada, siglos XVI y XVII*, en 1992, yo había venido sosteniendo la hipótesis de que las poblaciones del desierto atacameño y de la puna salada no eran aymaras, y que cerraban –por lo tanto– en una suerte de borde cultural o étnico, los espacios de esos grupos altiplánicos hacia el sur. Ésta se transformó en una de las hipótesis centrales del proyecto 1940074, de FONDECYT. Los relatos andinos que se pudieran recoger, entonces, podrían ser parte de un discurso cultural sobre “los otros” o sobre “sí mismos”, dependiendo de quiénes fueran los informantes indígenas, punto a partir del cual se desarrolla la actual problemática que estoy investigando.

En cierta forma, este libro es nuevo y viejo a la vez. Puede que quienes hayan leído algunos de mis trabajos sobre los atacamas o sus vecinos, encuentren vagamente familiar su estructura temática o que, incluso, lleguen a reconocer determinados párrafos. En el proceso de releerlos para ver qué era publicable y qué debía dejar afuera, y en su reelaboración para incorporar nuevos datos, me pareció inevitable permitir que se deslizaran al menos algunos fragmentos de nuevas ideas, de otras formas de leer esos mismos datos y, lo que tal vez resulte más importante, incluir otros materiales obtenidos a partir de una forma distinta de pensar los documentos. Sin embargo, a poco andar me di cuenta de que estaba escribiendo un libro nuevo, que mi lectura de los documentos estaba permeada, precisamente, por la percepción de que detrás de cada dato había un discurso significativo que lo sustentaba y ello modificó de manera sustancial muchas de mis anteriores aproximaciones.

En esta reunión de materiales he conservado las estructuras básicas de los trabajos previos, a los que como lo acabo de señalar, he incorporado nuevos datos y materiales, a la par que agregado otros elementos de reflexión. Entre el inicio de la investigación y ahora, gracias al apoyo de varios proyectos FONDECYT, pude reunir nuevos materiales y datos. Durante estos años, también, mi propia reflexión ha ido madurando y buscando nuevos caminos, por lo que –por un mínimo de coherencia personal– he intentado entregar una nueva aproximación a esos mismos materiales en todos aquellos casos en que yo mismo discrepaba con esas viejas proposiciones o con las maneras de enfrentar su lectura, ya sea porque posteriormente encontré nuevos datos o porque yo mismo he cambiado.

Hay siempre muchas perspectivas desde las cuales abordar un objeto de estudio y ésta no es más que una de ellas, ni mejor ni más verdadera que otras que se han propuesto acerca de esas mismas poblaciones indígenas. Mis propias reflexiones me han llevado hacia una nueva mirada; los temas que hoy me apasionan, sobre esas mismas poblaciones son otros y creo que difícilmente repetiría esa aproximación inicial. Con todo, este libro pretende expresar una perspectiva de análisis concreta, en un momento determinado de mi propia investigación: el intento de aproximación a lo que pudieran haber sido las estrategias puestas en juego por esas poblaciones para subsistir en esa región, con una ecología tan marcadamente árida.

Desde 1984 hasta la culminación de esos trabajos, he sido afortunado al disfrutar del apoyo financiero de FONDECYT y de otras instituciones, a través de varios proyectos de investigación. En 1984-1985, tuve una beca del World University Service; entre 1984 y 1990 participé, como investigador responsable o coinvestigador en los proyectos 1073-84, 1021-88, 1166-88, 1022-88 y 90-525 de FONDECYT. Asimismo, fui apoyado por los proyectos de investigación 1435 y 2325, de la Universidad de Chile. Este libro lo escribo gracias al apoyo del Fondo de Apoyo a la Investigación, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (proyecto 94-04) y del proyecto 1940074 de FONDECYT. Una nueva estadía en el Archivo General de Indias (proyecto 1960774 FONDECYT), me permitió, por último, encontrar otros documentos que me llevaron a modificar algunas reflexiones, cuando el primer borrador de este manuscrito ya estaba terminado.

Es claro, sin embargo, que lo que permitió el desarrollo de mis investigaciones y me proporcionó un adecuado marco y espacio para reflexionar, discutir y escribir, fue el apoyo de algunos colegas y amigos que son (¡pobres de ellos!) responsables de que me haya sentido a gusto. El Grupo Toconce, ya mítico en los estudios del norte árido: José Berenguer, Victoria Castro y Carlos Aldunate, junto a: Luis Cornejo, Carole Sinclair, Varinia Varela y Pilar Alliende. El equipo de etnohistoria, esencial a mi corazón y a mi espíritu: Ana María Farías, Viviana Manríquez, Carolina Odone, Andrea Ruiz-Esquide y Cecilia Sanhueza (todas en estricto orden alfabético) y, por último, el Taller de Marginales, ese grupo de ingenuos que creyó siempre que se podía “discutirlo todo”: Pedro Mege, Francisco Gallardo y Luis Cornejo. Igualmente, tengo una deuda de gratitud y aprecio a Franklin Pease, Jorge Hidalgo, John Murra y Thierry Saignes que siempre me han apoyado, me han facilitado valiosos documentos, información y orientación así como inapreciables sugerencias. En ello debo incluir también a colegas como: Ana María Presta, Mercedes del Río, Sandra Sánchez, Gabriela Sica, Carlos Zanolli y Juan Herrera, quienes compartieron mi interés y me proporcionaron importantes datos o documentos. En Sevilla, en el trabajo en archivos, tengo que agradecer el apoyo siempre constante y alegre de María Elena Sagredo, Ariel Arnal y Alejandra Vega.

Y el Museo Chileno de Arte Precolombino y los seminarios del Programa de Magister en Etnohistoria del departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, evidentemente, donde fueron escritos, discutidos, sufridos y demases la mayoría de esos trabajos. Por último, a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, donde tanto su Decana, como las demás autoridades académicas y los amigos, me alentaron a seguir y me han apoyado materialmente para sacar este libro.

Quisiera agregar una nota de especial reconocimiento al Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Sin cuya participación, esta publicación no habría sido posible.

A todos, gracias.